

historia reciente

setiembre '07

21/25

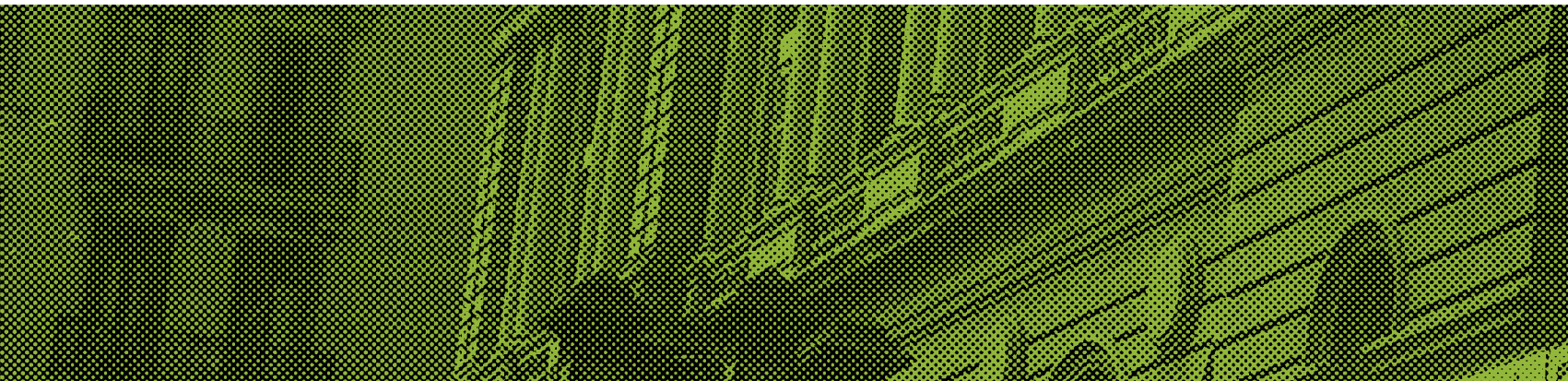
DESDE HIROSHIMA A LAS TORRES GEMELAS

EL PAÍS

LA RESPONSABILIDAD POLÍTICA DE LOS INTELLECTUALES

QUIJANO, GALEANO, BENEDETTI

Intelectuales y política



21/25





ÍNDICE DEL FASCÍCULO

De la Generación del 45 a la Generación del 68

PÁGINA 6

RECUADROS

MARCHA P. 7 / CARLOS QUIJANO: UNA MIRADA CRÍTICA P. 9 / CARLOS REAL DE AZÚA Por Luis Eduardo González P. 10 / EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL Por Danubio Torres Fierro P. 11 / ARTURO ARDAO Por Adolfo Garcé P. 13 / ALDO SOLARI Por Javier Bonilla Saus P. 14 / NERUDA, EL POETA FUNCIONARIO P. 16 / EDUARDO Y MARILYN Por Pablo da Silveira P. 17 / GALEANO Y LA ECONOMÍA P. 18 / BIBLIOGRAFÍA / P. 19 CONTRATAPA. RESPONSABILIDAD POR LO ESCRITO Por Pablo da Silveira P. 20.



△ **Universidad de la República:**
Conflictivo centro de las relaciones
entre intelectuales y política.

INTRODUCCIÓN

En el Uruguay de fines de los años sesenta, “ser intelectual” se convirtió casi en sinónimo de “ser de izquierda”. Esa equivalencia era una ruptura respecto del pasado. Aunque los partidos de izquierda se fundaron muy tempranamente en el país (el Partido Socialista en 1910, el Partido Comunista en 1920), durante mucho tiempo no tuvieron una particular capacidad para atraer a los intelectuales. Ni José Enrique Rodó ni Carlos Vaz Ferreira fueron de izquierda. Tampoco lo eran las principales figuras de la actividad artística. Pedro Figari era colorado, Joaquín Torres

García era blanco y Juan Zorrilla de San Martín fue uno de los fundadores de la Unión Cívica.

Durante décadas, las relaciones entre la intelectualidad y los partidos tradicionales fueron muy fluidas. Pero a fines de los años sesenta la situación había cambiado. En esa época era difícil encontrar una figura relevante en el mundo de las ideas o de las artes que no se identificara con la izquierda.

Hasta cierto punto, este cambio reflejó tendencias globales. La Guerra Civil Española, la resistencia al nazismo y al fascismo durante la Segunda Guerra Mundial y el proceso de descolonización en el Tercer

1968

[...] el corrimiento a la izquierda no fue únicamente un episodio en la vida privada de los intelectuales. Muchos de ellos sintieron que su tarea histórica era formar a las nuevas generaciones de ciudadanos y de militantes que conducirían al cambio político. El distanciamiento crítico que había caracterizado a los intelectuales de los años cuarenta fue sustituido por la figura del “intelectual comprometido”.

Mundo generaron un progresivo corrimiento a la izquierda de buena parte de la intelectualidad. En el hemisferio norte, ese corrimiento estuvo lejos de ser monolítico: Raymond Aron en Francia, Michael Oakeshott en Inglaterra y Giovanni Sartori en Italia son ejemplos de grandes intelectuales que se mantuvieron lejos de la izquierda. Pero en América Latina el corrimiento fue más masivo, y es probable que el caso uruguayo haya sido particularmente extremo.

Explicar este fenómeno es una tarea compleja. En parte influyó el ambiente ideológico de la época, en parte incidió la crisis económica y social del país, y en

parte hubo estrategias deliberadas de parte de organizaciones políticas. Pero lo que importa es que el corrimiento a la izquierda no fue únicamente un episodio en la vida privada de los intelectuales. Muchos de ellos sintieron que su tarea histórica era formar a las nuevas generaciones de ciudadanos y de militantes que conducirían al cambio político. El distanciamiento crítico que había caracterizado a los intelectuales de los años cuarenta fue sustituido por la figura del “intelectual comprometido”.

Analizar el fenómeno es importante para entender buena parte de lo que ocurrió en Uruguay desde los años sesenta

hasta hoy. Es además una manera de aproximarse a lo que probablemente haya sido el clima de una época, porque nada asegura que el futuro se parezca al pasado en este punto. El vínculo entre intelectualidad e izquierda se rompió en el hemisferio norte durante los años ochenta. Lo mismo ocurrió en varios países latinoamericanos, como México o Brasil. El “intelectual comprometido” ha dejado de ser un modelo indiscutido para pasar a ser objeto del análisis histórico. ■

De la Generación del 45 a la Generación del 68

SE LA LLAMÓ CON DIFERENTES nombres que sobreviven hasta hoy. Para algunos fue la “Generación crítica”, para otros la “Generación de *Marcha*” y para otros la “Generación de 1939” (el año en que ese semanario empezó a publicarse). Pero el nombre que terminó por imponerse fue el que acuñó Emir Rodríguez Monegal: “Generación del 45”. La fecha señala el momento aproximado en que varios intelectuales con perfiles diferentes empezaron a ser identificados como miembros de un grupo que tenía un programa de trabajo común.

En rigor no fue una generación sino, como prefiere decir Ángel Rama, varias “oleadas” de intelectuales. Algunos de ellos habían nacido en los primeros años del siglo, como Liber Falco (1906) o Juan Carlos Onetti (1909). Otros nacieron en la siguiente década: Arturo Ardao en 1912, Carlos Real de Azúa en 1916, Carlos Martínez Moreno en 1917. El grueso nació en el correr de los años veinte: Mario Benedetti e Idea Vilariño en 1920, Emir Rodríguez Monegal y Carlos Rama en 1921, Carlos Maggi y Amanda Berenguer en 1922, Sarandy Cabrera en 1923, Ida Vitale en 1924, Jorge Medina Vidal en 1925, Carlos María Gutiérrez en 1926, Luis Carlos Benvenuto en 1928.

Se dedicaron a tareas que iban desde el análisis literario a la crítica cinematográfica, desde la investigación histórica a la poesía. Casi todos cultivaron el ensayo como género y publicaron en revistas literarias (también en *Marcha*, por supuesto). Pero se afiliaron a concepciones estéticas divergentes y tuvieron distintas visiones del trabajo crítico, lo que los hizo debatir frecuentemente entre sí.

Detrás de estas diferencias hubo, sin embargo, algunos rasgos comunes: la exigencia de rigor documental y argumentativo, la ruptura con el provincianismo, la búsqueda universalista de modelos de excelencia, el combate a la autocomplacencia y al mal gusto, el distanciamiento crítico.

Fue una revuelta contra lo que Ángel Rama llama el “edulcorado humanismo” de una sociedad “apacible, democrática, civilista, instruida, donde la burguesía media parecía dueña y señora”. Nació como una generación que rechazaba y exigía, justo en el momento en el que todo parecía ir bien. Rama enfatiza este aspecto: “Cerrado el ciclo inmigratorio que había trasvasado sangre nueva al país, asentadas las instituciones del nuevo orden social, concluido el corajudo impulso creador, cuando había llegado el momento de disfrutar del esfuerzo y gozar del banquete, surge en los sectores medios esta ola de insatisfacción”.

En pocos años, los miembros de la Generación del 45 pasaron a ocupar el centro de la vida cultural del país: dirigían las revistas literarias, controlaban las páginas culturales de *Marcha*, daban clase en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo (el único instituto público de estudios preuniversitarios) y ocupaban cátedras en la Universidad de la República. En todos esos ámbitos divulgaban su mensaje inconformista. Para Ángel Rama (uno de sus representantes más notorios), el programa de la Generación del 45 consistió en aguarle la fiesta a un Uruguay entregado al ejercicio de la autocomplacencia: “Contra la exaltación que aun se vivía instala la depresión. (...) Contra la indiscriminada fraternidad que establece el partido, la orgullosa minoría intelectual que se autotitula rectora del destino espiritual de la nación”. Los artículos de Juan Carlos Onetti en los primeros tiempos de *Marcha*, corrosivos y agobiantes, marcaron tempranamente el rumbo.

La Generación del 45 hizo aportes indudables a la cultura uruguaya: introdujo una cultura del rigor y de la solvencia en el juicio; levantó los niveles de exigencia estética; abrió el horizonte cultural a los aportes que provenían de Europa y Estados Unidos; intentó apropiarse de lo universal sin perder personalidad; valoró la actualización y la conciencia histórica (es decir, la noción de ser herederos de un pasado complejo); atacó la ingenuidad y el diletantismo.

También tuvo, como es inevitable, carencias y limitaciones. Criticó las antiguas formas de autocomplacencia pero creó otras nuevas, reforzadas por el espíritu de cuerpo. Desarrolló una cul-

tura del trabajo riguroso, pero no todos sus miembros estuvieron a la altura del desafío. Llevó la actitud crítica hasta el paroxismo, especialmente en dominios como la crítica cinematográfica: manifestar disgusto pasó a ser visto como un rasgo de inteligencia en sí mismo.

Pero hay sobre todo dos características que estarían llamadas a tener grandes efectos.

La primera fue la actitud de suficiencia y distanciamiento: los integrantes de la Generación del 45 despreciaron la política, desconfiaron de los productos culturales previos (con algunas excepciones que miraron el pasado nacional con respeto, como Ardao y Rodríguez Monegal), ignoraron a la cultura popular (excepto, en el caso de algunos, cuando se trataba del tango) y minimizaron a los hombres incultos que construyeron la patria (con algunas excepciones, como Real de Azúa). En general, miraron al país desde afuera. No se sintieron responsables del orden social que habían heredado. Dejaron la tarea de resolver los problemas en manos de otros y se limitaron a manifestar su insatisfacción. De la larga lista de nombres que integran la generación, solo Manuel Flores Mora aceptó ejercer responsabilidades de gobierno (Quijano lo había hecho de joven, al presidir brevemente la comisión que otorgaba los permisos de importación, pero el resto de su vida se mantuvo lejos de toda responsabilidad ejecutiva). Casi ninguno aceptó medirse con las dificultades de quienes tenían la responsabilidad de tomar decisiones.

La Generación del 45 creó así un modelo de intelectual como alguien que exhibe su lucidez mediante el ejercicio lejano de la crítica. Curiosamente, esta concepción se consolidó en el mismo momento en que otros uruguayos empezaban a formarse en nuevas disciplinas (o en versiones modernas de disciplinas antiguas), con el propósito de buscar salidas para los crecientes problemas del país. A fines de los cincuenta, gente como Enrique Iglesias o Aldo Solari estaban renovando la economía y la sociología nacionales, con una visión orientada a generar conocimiento útil para la toma de decisiones. Pero el grueso de la Generación del 45 se mantuvo indiferente a esos intentos. Su atención estaba puesta en lo que ocurría en la Facultad de Humanidades, en el Instituto de Profesores Artigas y en algunas cátedras de la Facultad de Derecho.

En esto consiste la segunda característica que tendría consecuencias importantes: los miembros de la Generación del 45 tuvieron una concepción restringida del trabajo intelectual. Dentro

de los límites que trazaron cabían el ensayo literario, la poesía, la reflexión filosófica, la crítica cinematográfica y la investigación histórica. Pero casi no había lugar para las ciencias sociales de base empírica, ni para el diálogo con las ciencias físico-naturales. Carlos Quijano, que había estudiado economía en París, fue una excepción parcial a esta regla: le interesaba el punto de vista económico, pero no los desarrollos más recientes de la disciplina.

Al verse a sí mismos como los auténticos intelectuales, los miembros de la Generación del 45 contribuyeron a crear una división empobrecedora entre “intelectuales” y “técnicos”. La división no separaba entre personas con mayor y menor formación académica, sino entre dos maneras de concebir el trabajo intelectual. El quiebre se hizo explícito cuando, en 1960, el primer gobierno blanco creó la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), que realizó los primeros diagnósticos nacionales de carácter sistemático e intentó presentar respuestas practicables a las crecientes dificultades del país. Los miembros de la Generación del 45 apenas dialogaron con esos aportes. Solo unos pocos, como Aldo Solari, consiguieron tener un pie en ambos mundos, aunque fuera mediante el conflicto y la polémica.

Con el paso de los años, nuevas oleadas de intelectuales se fueron incorporando a los ámbitos controlados por la Generación del 45. Ahora se trataba de mujeres y hombres nacidos en los años treinta, o aun en los tempranos cuarenta. La lista incluye a Juan Fló, Circe Maia, Hiber Conteris, Gley Eyherabide, Mario Trajtenberg, Heber Raviolo, Eduardo Galeano, Jorge Ruffinelli, Hugo Achugar, Cristina Peri Rossi, Carlos Rama, Roque Faraone, José Pedro Barrán, Benjamín Nahum.

Al igual que en los casos anteriores, estas nuevas camadas eran heterogéneas. Pero poco a poco fueron apareciendo algunos rasgos comunes que las diferenciaron de sus mayores. El antiguo enfoque universalista fue dando lugar a una afirmación latinoamericanista (el cultivo de lo propio fue desplazando a la búsqueda de lo mejor). La centralidad de la producción y de la crítica literaria fue dejando paso a un mayor énfasis social. Las categorías analíticas provenientes de la estética y del análisis literario fueron progresivamente sustituidas por las categorías del análisis marxista (varios miembros de las nuevas generaciones se volvieron reduccionistas, en el sentido de ver a la vida cultural como un reflejo de los fenómenos económicos y sociales).

Marcha

El semanario *Marcha* se publicó desde junio de 1939 hasta su clausura el 22 de noviembre de 1974. Su director fue Carlos Quijano, un abogado y antiguo dirigente del Partido Nacional que se había iniciado en el periodismo como redactor del diario *El País*. El primer secretario de redacción de *Marcha* fue Juan Carlos Onetti. Sus páginas fueron el principal medio de expresión de la Generación del 45 y de sus sucesores sesentistas. Entre sus colaboradores habituales estuvieron Mario Benedetti, Guillermo Chifflet, José Pedro Díaz, Francisco Espinola, Eduardo Galeano, Antonio Larreta, Carlos Martínez Moreno, Carlos Real de Azúa, Arturo Ardao, Juan Pivel Devoto y Emir Rodríguez Monegal. Como complemento del semanario se publicaban los *Cuadernos de Marcha*, que tuvieron una primera época entre 1967 y 1974, una segunda en México, donde se había exiliado Quijano, y una tercera en Uruguay que abarcó desde 1985 hasta el año 2001.

Aunque su influencia traspasó fronteras, *Marcha* desempeñó un papel esencial en la formación política, económica y cultural de los uruguayos que llegaron a la vida adulta en los años sesenta. Las ideas defendidas en sus páginas fueron evolucionando desde la visión crítica y distanciada que era típica de la Generación del 45 hacia un compromiso cada vez más explícito con la izquierda política y, a partir de 1971, con el Frente Amplio que el propio semanario alentó a fundar. El antiimperialismo de *Marcha*, su prédica hostil al libre comercio, su posición latinoamericanista y su defensa entusiasta y duradera de la revolución cubana marcaron a generaciones.

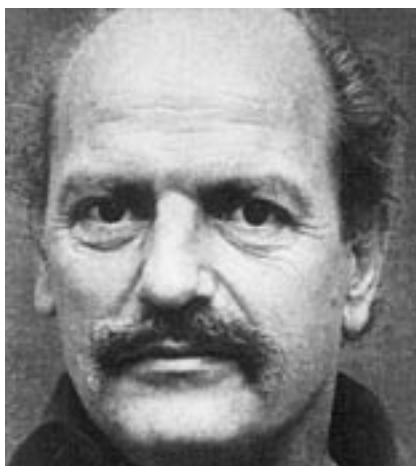
Los militantes de la izquierda radical que tomaron las armas en los años sesenta tuvieron en *Marcha* su principal escuela de pensamiento político. Pero no todos los colaboradores del semanario tuvieron una misma actitud hacia la vía armada. Mientras algunos mostraban su simpatía, Quijano mantuvo una posición institucionalista. En 1964 escribía: *Si la fuerza se desata no ha de ser en beneficio de los más y de los más necesitados. Conviene repetirlo no sólo frente a los hombres honrados a quienes mal aconseja la desesperación, sino también sobre todo frente a los aventurerismos de aquellos que sueñan con reeditar las hazañas de Fidel o la gesta de Ben Bella. Hoy aquí –Uruguay 1964–, clase media, 250.000 funcionarios públicos, 350.000 jubilados, servicios públicos nacionalizados, proletariado débil y sin organización, campesinado inexistente o disperso, la fuerza sólo puede traer la reacción, sólo puede ser manejada por ella. No hay objetivamente ninguna posibilidad revolucionaria.*

En febrero de 1973, cuando los militares emitieron unos comunicados que hicieron pensar a parte de la izquierda en la posibilidad de una dictadura progresista, Quijano se negó a seguir ese camino: *Es preferible tener una Constitución, aun mala, aun violada, a no tener ninguna.* ■

Progresivamente se fue dibujando una identidad colectiva que, al igual que su antecesora, recibió nombres diferentes: “Generación del 60”, “Generación de la crisis” o, más tarde, “Generación del 68”. La nueva generación tenía elementos de continuidad y puntos de ruptura con su predecesora. La paradoja es que, vistos a la distancia, algunos de sus elementos de continuidad estaban donde sus protagonistas creían ver puntos de ruptura.

La Generación del 60 criticó duramente a la Generación del 45 por su alejamiento olímpico de la realidad nacional. A diferencia de su antecesora, la Generación del 60 fue combativa y militante. Se embanderó con la izquierda y convocó a sus mayores a que hicieran lo mismo. Con insistencia les objetó su desatención a la cuestión del poder. Los problemas del país eran demasiado grandes y demasiado urgentes. La situación era tan grave que ya no cabían las soluciones incrementales. La tarea inmediata era contribuir a la destrucción del “sistema”, en una acepción de la palabra que incluía a la propiedad privada, la economía de mercado, el liberalismo político y la democracia representativa. En palabras de Ángel Rama: “La operación central radica en cuestionar las formas establecidas, problematizándolas, separando aisladamente sus partes integrantes –desintegrándolas bajo la óptica analítica– para destruirlas”.

A diferencia de sus predecesores, los intelectuales “sesentistas” se habían politizado. Ahora había un proyecto ideológico del que se sentían parte: consistía en la destrucción del sistema y su sustitución por un orden político y social radicalmente nuevo. Para Rama, la sucesión de las “dos promociones” de intelectuales coincidía con “la curva de descomposición del liberalismo”. En el marco de esa descomposición, la tarea de los intelectuales era alinearse con los protagonistas políticos que estaban terminando de derrumbar el orden agonizante: “como existen ya nuevas fuerzas que han hecho proposiciones drásticamente diferentes que tienen que ver con la destrucción real del sistema,



△ Ángel Rama.

nuestra cultura se ha inflexionado en el nuevo juego de tensiones, anunciando por lo tanto la apertura de otro ciclo histórico difícilmente predecible”.

El futuro podía ser difícilmente predecible, pero no los métodos. De más en más, la nueva generación de intelectuales se fue identificando con la lucha armada y asumió su defensa. A fines de los sesenta, Mario Benedetti se felicitaba de las políticas represivas de Pacheco, porque finalmente habían colocado a Uruguay en la verdadera América Latina. La agudización de los conflictos obligaba a dejar de lado las ambigüedades del método democrático y pasar al enfrentamiento definitivo. Ángel Rama, en 1969, era todo lo explícito que se podía ser sin tener problemas con la justicia: “El estribillo callejero de ‘Obreros-y-estudiantes-unidos-y-adelante’ sólo alcanzaría virtualidad cuando empezó a pactarse con sangre. Para esta fecha, de los sectores medios ya habrían surgido nuevos planteos, en el campo de la acción, que demostraban la conclusión del período crítico”. La labor cultural debía dar paso a la lucha “en el campo de la acción”.

Esta radicalización implicaba un cambio importante, pero al mismo tiempo marcaba una continuidad con la Generación del 45. Los intelectuales “sesentistas” se mantuvieron tan distantes como sus predecesores de quienes tenían

que tomar las decisiones. La diferencia fue que, mientras la vieja guardia lo hacía porque despreciaba la política, la nueva guardia lo hacía porque se había vuelto revolucionaria. Los nuevos intelectuales no creyeron necesario participar de la búsqueda de soluciones específicas porque creyeron que la única solución era un cambio de sistema. Pero, al actuar así, acentuaban el talante puramente negativo que habían heredado de sus maestros.

Los integrantes de la Generación del 60 también mantuvieron una concepción restringida del trabajo intelectual que los hizo ensimismarse. A diferencia de sus predecesores, introdujeron masivamente elementos de análisis social y económico. Pero tampoco ellos estaban en diálogo con las ramas más activas del conocimiento. Lo que muchos “sesentistas” llamaban “economía” y “sociología” eran en realidad modalidades fuertemente ideologizadas de análisis marxista. Quienes practicaban esos análisis se encerraban en razonamientos circulares, conocían de antemano las conclusiones a las que iban a llegar y eludían toda confrontación con la realidad. Se hablaba de “proletariado” en términos que solo eran aplicables a los países industriales, y algunos ensayos históricos llegaban a hablar del “campesinado”: una categoría extraída de la Europa del siglo XIX que no se compadecía con la estructura poblacional ni con las formas de explotación económica típicas del campo uruguayo.

Mientras en el mundo se desarrollaban la econometría y la teoría de juegos (John Nash escribió sus revolucionarios artículos en los años 50); mientras Popper y Kuhn protagonizaban discusiones esenciales sobre la naturaleza del conocimiento científico (la obra más famosa de Kuhn es de 1962); mientras la filosofía política se transformaba con la aparición de figuras como John Rawls (cuyos primeros textos relevantes son de fines de los años cincuenta); mientras la sociología incorporaba nociones como la de racionalidad limitada y desarrollaba instrumentos para analizar organizaciones complejas; mientras la cibernética

1967

▷ cronología

1967 14 de abril: Salvador Allende da una conferencia en la Universidad de la República sobre el desarrollo económico latinoamericano.

17 de abril: se inicia en Canal 5 el programa “Canta Zitarrosa-Generación 55”.

12 de mayo: aparece la primera edición de *Cuadernos de Marcha*.

16 de junio: se inaugura el Primer Festival de la Canción de Protesta.

Salvador Allende



daba sus primeros pasos y las finanzas se convertían en una disciplina sofisticada, la corriente principal de la intelectualidad uruguaya cultivaba la politización y la ideología al tiempo que se presentaba como la minoría lúcida de la sociedad. La autocomplacencia que habían combatido los pioneros del 45 parecía haberse tomado su revancha.

La instrumentalización de la cultura

La prolongación de las dificultades económicas, la agudización de los conflictos sociales, las dificultades de los partidos tradicionales para encontrar soluciones y el entusiasmo generado por la revolución cubana provocaron un masivo corrimiento de los intelectuales hacia la izquierda del espectro político. Cuando en 1971 se creó el Frente Amplio, un impresionante grupo de 170 intelectuales uruguayos firmaron una declaración de adhesión. La lista incluía a Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, Francisco Espínola, Idea Vilariño, Ida Vitale, Ángel Rama, Carlos Real de Azúa y Alberto Zum Felde. Esta identificación política demostró ser muy duradera, aun si hubo alejamientos importantes como el de Onetti. Cuando, en 1987, Editorial Arca publicó un *Diccionario de la literatura uruguaya* preparado por Wilfredo Penco, más de la mitad de los autores referenciados habían firmado la declaración de 1971. Entre quienes no lo habían hecho, la mayor parte no vivía o era demasiado joven en esa época.

Pero el corrimiento a la izquierda de los intelectuales no fue solo el resultado de decisiones espontáneas y del libre juego de las influencias interpersonales. También hubo estrategias deliberadas de parte de fuerzas políticas. Los intelectuales son formadores de opinión y suelen tener una gran influencia sobre lo que pasa en el sistema educativo. Muchos encontraron que esas eran unas buenas razones para intentar controlarlos.

La fuerza política que, a escala internacional, desarrolló estrategias más globales y sistemáticas hacia los inte-

lectuales fue el Partido Comunista. En los países del bloque soviético, los congresos y pronunciamientos públicos de escritores y artistas fueron regularmente utilizados para crear estados de opinión y enviar mensajes políticos. Los Premios Lenin y Stalin en ciencia, literatura y artes (otorgados por el propio Kremlin), o los premios Casa de las Américas en Cuba, eran galardones de gran valor simbólico que se usaban para reforzar las ideas y orientaciones estéticas consideradas correctas. Las instituciones culturales fueron gestionadas con una clara intencionalidad política. La historia personal de Bertolt Brecht, mejor conocida hoy que hace veinte años, ilustra los alcances que tuvo el control sobre los artistas y sus repertorios en los países del Este.

Fuera del bloque soviético, los partidos comunistas tuvieron estrategias específicas para reclutar y utilizar políticamente a figuras de las letras, las artes y el pensamiento. Hoy se sabe que el movimiento pacifista liderado por

el filósofo británico Bertrand Russell estuvo financiado e infiltrado por el KGB. También procuraron controlar el acceso a los espacios de difusión cultural: fomentaron la creación de revistas, centros culturales e instituciones teatrales; procuraron ganar influencia en la crítica literaria y musical (lo que equivalía a tener la capacidad de promover o postergar figuras) y prestaron particular atención a la industria editorial, de la que se sirvieron para difundir o bloquear a autores e ideas específicos (Albert Camus en Francia y George Orwell en Inglaterra tuvieron serias dificultades para publicar como consecuencia de sus conflictos con los comunistas locales).

El “aparato cultural” del Partido era un instrumento esencial de acción política y llegó a tener un peso importante en la cultura. “A principios de los años sesenta, cuando se sospechó Alejo Carpentier podía alejarse del régimen de Castro, el escritor cubano rechazó la posibilidad diciendo: “¿Como si yo no supiera desde

Carlos Quijano: una mirada crítica

Seguramente no exista una figura en todo este periodo que encarne más que Carlos Quijano esta actitud de crítica feroz, a la vez que poderosa en términos de modelar una actitud que fue seguida consciente e inconscientemente por muchos uruguayos luego. Una caricatura de Peloduro (...) lo presenta solo, manejando a contramano su autito, enfrentado a vehículos mucho mayores. Esa figura algo épica, con ribetes simpáticos para muchos, en tanto se lo ha asociado con un idealismo casi quijotesco –algo para lo cual hasta su apellido pareciera predisponerlo–, es el icono principal de toda una época del Uruguay, y en él se resumen la desconfianza respecto del poder, pero también, como reconoce el mismo Rama, la “marginación de las responsabilidades de conducción y realización de las actividades sociales” (...). Da la impresión de que ha quedado hondamente marcado como supuesto ampliamente compartido por buena parte de la población,

que resulta ético decir siempre que no a todo, sin exponer la propia carrera al juicio de los demás poniendo manos a la obra y poniéndose en situación de equivocarse o de fallar. Esa ‘tanatización’ del poder, de la cual Quijano es emblema, puede ser un rasgo definitorio, paradójicamente y con el pasar del tiempo, de la posición que se caracteriza por plantear permanentemente soluciones fáciles y mágicas, atribuyendo siempre a los otros la culpa de todo lo que se considera malo en la vida del país. (...)

Ya decía Juan Fló en 1954, y es el propio Rama el que lo cita: “Lo que ocurre es que Marcha es un periódico crítico, lo que le permite lucidez discrecional al no plantearse realmente los problemas y problematizar en cambio las soluciones dadas por otros a los problemas”.

Aldo Mazzucchelli: “Manual para destruir un país liberal (segunda parte)”. Posdata-Folios, 1º de marzo de 2002, p. 8.

1967

27 de julio: el Teatro Circular pone en escena *El jardín de los cerezos*, de Mauricio Rosencof.

27 de setiembre: Idea Vilariño publica *Treinta Poemas*.

13 de octubre: el gobierno confisca la edición del diario comunista *El Popular*.

20 de octubre: el gobierno confisca la edición del semanario *Marcha*.

10 de noviembre: Ángel Rama retoma la publicación de la *Revista Hispanoamericana de Literatura*.

23 de noviembre: José Pedro Barrán y Benjamín Nahum



Idea Vilariño

1967-1968

publican *Historia rural del Uruguay moderno*.

9 de diciembre: se inaugura la octava Feria Nacional de Libros y Grabados.

12 de diciembre: el gobierno de Pacheco decide la clausura de los diarios *Época* y *El Sol*.

1968 4 de febrero: Primeras Jornadas de Teatros Independientes del Uruguay.

3 de abril: Carlos Real de Azúa, Carlos Maggi y Carlos Martínez Moreno publican la primera entrega de *Capítulo Oriental*.

hace rato que el escritor que se pelea con la izquierda está perdido!” (el episodio es relatado por un célebre disidente cubano: Guillermo Cabrera Infante).” Pero no solo los comunistas aceptaron convertir a la cultura en un instrumento político. También lo hicieron muchos otros que se identificaron con la revolución en América Latina. Un ejemplo particularmente claro en el contexto uruguayo es el de Mario Benedetti.

Aunque perteneciente a la vieja guardia de intelectuales “críticos” (nació en 1920), Benedetti lideró a otros intelectuales más jóvenes en el proceso de identificación con la izquierda radical que pregonaba la violencia armada. Sus esfuerzos también se dirigieron a la opinión pública, tanto bajo la forma de declaraciones y artículos de prensa como a través de su obra literaria.

En 1960 Benedetti publicó con in-

menso éxito *El país de la cola de paja*. Ese libro era todavía un producto típico de la Generación del 45: atacaba al Uruguay de las clases medias y de la burocracia, y mostraba el distanciamiento característico de quien mira de afuera. El libro contiene una serie de críticas a la democracia uruguaya y, en particular, a la satisfacción de los uruguayos con su democracia. Pero esas críticas todavía están formuladas en un estilo compartido con otros autores

Carlos Real de Azúa

Por Luis Eduardo González

> Nació en Montevideo en 1916, y murió en la misma ciudad en 1977. Esos 61 años fueron suficientes para hacerlo un multi-oficios renacentista. Fue abogado, y ejerció la profesión; enseñó literatura durante tres décadas en Enseñanza Secundaria (1937-1966); enseñó estética literaria durante veinticuatro años (1952-1976) en el Instituto de Profesores Artigas (donde también enseñó literatura iberoamericana y rioplatense, 1954-1967); en la última etapa de su vida enseñó ciencia política en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República (1967-1974). Escribió sobre todos los temas que enseñó. Una bibliografía de su obra publicada en 1987 registra sesenta y cuatro títulos entre libros, fascículos y folletos (veintinueve de ellos, el grupo temático más numeroso, sobre asuntos literarios). También hay ciento veintitrés artículos en publicaciones periódicas, la gran mayoría de ellos (setenta y dos en total) en el semanario *Marcha*.

Real de Azúa debe figurar en cualquier análisis de la historia intelectual uruguaya de la segunda mitad del siglo XX (y de sus ciencias sociales en particular) porque, entre otras razones, fue fundador de la ciencia política uruguaya tal como hoy se la entiende y practica. Esta visión es compartida por casi todos los que abordaron el tema. Solo se discuten cuestiones relativamente secundarias. Por ejemplo: para algunos, más que fundador en sentido estricto habría sido un precursor, el que precede a los fundadores. En cualquiera de los dos casos fue el fundador o precursor, porque ninguno de sus contemporáneos puede ser visto como su par en esa empresa. En la historia de nuestra ciencia política Real de Azúa ocupa un sitio intelectual solitario (a diferencia de lo que ocurre en nuestra sociología, por ejemplo, que

es más antigua y colectiva). Naturalmente, treinta años después de su muerte es fácil advertir que su obra no es perfecta, y que hasta el gran solitario cometió algunos de los pecados intelectuales propios de su generación. Lo que importa, sin embargo, es el balance final.

Sus aportes a la ciencia política, a la que dedicó una parte claramente minoritaria de su vida (en tiempo, en obra escrita), bastan y sobran para asegurarle su lugar en el panteón de los intelectuales uruguayos. Aun siendo más que suficientes, sin embargo, esos aportes son solo una de las razones que explican su lugar en ese panteón. Muchos intelectuales de hoy sostienen que la crítica literaria de Real de Azúa está a la altura de la de los más destacados de sus contemporáneos (como Ángel Rama o Emir Rodríguez Monegal). En términos aun más generales, una investigación realizada en el año 2001 entre un centenar de personalidades uruguayas encontró que Real de Azúa fue para ellos uno de los intelectuales, ensayistas o filósofos más influyentes de todo el siglo XX. Según estas personalidades solo cuatro uruguayos fueron aun más influyentes que Real de Azúa en esos planos: Carlos Vaz Ferreira, Carlos Quijano, José Enrique Rodó y Juan E. Pivel Devoto, en ese orden.

Observando el conjunto de su obra, la mayoría de sus lectores académicos contemporáneos probablemente estaría de acuerdo sobre cuáles fueron sus principales aportes al análisis político. Lo medular de su contribución comenzó, tal vez paradójicamente, con *El patriciado uruguayo*, publicado por primera vez en 1961. “Paradójicamente” porque el texto no es una monografía política en sentido estricto. Es un ensayo histórico sobre la primera clase dirigente del país, que también es un estudio de las elites políticas “fundacionales”. En *El patriciado uruguayo* ya están presentes muchos temas sobre los que volvió en su obra posterior, incluyendo las raíces del “freno” al reformismo batllista de principios del siglo, estudiado en *El impulso y su freno* (1964). También apareció allí la preocupación comparativa (especialmente en relación a Argentina) capaz de identificar, por contraste, las especificidades

uruguayas que lo ocuparon en *Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy* (1971) o en Uruguay: ¿una sociedad amortiguadora? (póstumo, 1985). Esta preocupación comparativa llegó a su punto culminante en un texto de 1975: “El clivaje mundial eurocentro-periferia y las áreas exceptuadas (para una comparación con el caso latinoamericano)”. La meta es aquí extremadamente ambiciosa: por qué razón o razones, luego de cinco siglos acumulados de primacía europea (la construcción del “eurocentro”), en el tercer cuarto del siglo XX solo EEUU, Japón y los antiguos dominios británicos habían logrado escapar al destino periférico del resto del mundo. Este ensayo tampoco es politológico en sentido estricto; es más bien, como él mismo lo dijo, sociología histórica comparada. Pero el grupo central y más numeroso de factores incluidos en el análisis es el de los factores políticos, analizados tan rigurosamente como lo permitían las técnicas de su tiempo.

Lo político, entonces, rara vez es el contenido exclusivo o la meta última del análisis de Real de Azúa. Tal vez por eso, para algunos comentaristas es más un precursor que un fundador. Las preocupaciones de Real de Azúa no estaban segmentadas por divisiones disciplinarias que entonces no existían (ni siquiera la ciencia política existía entre nosotros). Sus preocupaciones apuntaban a lo que él percibía, correctamente, como los problemas centrales de los latinoamericanos (y de los uruguayos en particular) en su tiempo. Esos problemas siguen siendo los mismos de hoy, y ese acento es tal vez el que otorga una notable contemporaneidad a su trabajo. Todavía hoy, a treinta años de su muerte, es dudoso que otros hayan publicado una obra comparable en rigor y ambición a la ciencia política que Real de Azúa practicó y escribió. Pero si aceptamos que entre nosotros ya hay politólogos y obra publicada, entonces la conclusión es apenas un silogismo. No puede ser un “precursor”, porque hasta hoy ninguno de los que vino después pudo avanzar más y mejor que él. Fue el fundador. ■

1968



6 de abril: Primer Festival del Folklore Oriental, con la participación, entre otros, de Alfredo Zitarrosa y Los Olimareños.

7 de mayo: Ángel Rama inicia la publicación de la *Enciclopedia Uruguaya*.

6 de junio: incidentes en un acto frente a la Universidad de la República.

9 de junio: son allanados locales universitarios.

12 de junio: un acto organizado por la FEUU y la CNT termina con casi 300 detenidos y decenas de personas lastimadas.

1968



1º de julio: ataque con bomba a las instalaciones de la planta emisora de Radio Ariel.

10 de agosto: el Poder Ejecutivo solicita al Senado la destitución del rector de la Universidad de la República, Ing. Óscar Maggiolo.

15 de agosto: el gobierno clausura por 24 horas a *El Diario* y por dos semanas al semanario *Izquierda*. También a un programa de televisión dirigido por René Jolivet.

28 de agosto: el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República repudia la invasión soviética a Checoslovaquia.

Óscar Maggiolo



de la época: el intelectual, superior en su lucidez al resto de sus conciudadanos, ve superficialidad y engaño en aquello que los demás festejan.

Pero las cosas empiezan a cambiar tras las elecciones de 1962, a las que la izquierda llegó con grandes expectativas pero en las que obtuvo magros resultados. Poco después del nuevo triunfo blanco, Benedetti empieza a publicar textos en los que manifiesta su escepticismo respecto del valor del Parlamento y de la lucha electoral. En 1963 agrega una "Postdata" a *El País de la cola de paja*, en la que transcribe un discurso realizado ante militantes y dirigentes del Partido Socialista en mayo de ese año. El discurso es una reflexión sobre los resultados electorales de 1962. La principal conclusión que extrae Benedetti es que la izquierda corre en desventaja ante la derecha (que es apoyada por la oligarquía) si limita su lucha al terreno electoral. En última instancia, la izquierda deberá decidir si va a jugar la carta de la democracia representativa o si va a jugar la carta de la revolución.

Benedetti estaba haciendo el mismo proceso que otros militantes de la izquierda radical. Como él mismo dirá en un reportaje realizado en 1971, el resultado de las elecciones de 1962 lo había frustrado. Al igual que muchos otros militantes, se había persuadido de que las cosas no mejorarían a menos que cambiaran los elencos gobernantes, pero la derrota había mostrado que el cambio por la vía electoral estaba lejos de ser inminente. Las elecciones —dice Benedetti— mostraron que el uruguayo es moderado, indiferente a la política, contrario a la violencia, sin sentido de solidaridad y supersticiosamente respetuoso de la libertad. La tarea a realizar consiste en "concientizar" a ese pueblo, de modo que comprenda la importancia de la justicia social. El texto muestra a un Benedetti movido por un fuerte sentimiento de superioridad y al mismo tiempo esperanzado: el pueblo puede caer en "vicios" y "defectos", pero la revolución cubana ha mostrado que puede ser liberado de ellos.

En 1965, la producción poética de Benedetti lo muestra aun más próxi-

Emir Rodríguez Monegal

Por Danubio Torres Fierro

> Emir Rodríguez Monegal (Melo, 1921 – New Haven, 1985) abrazó varias disciplinas: profesor, investigador, crítico de cine, de teatro y de literatura, director de publicaciones culturales. Más allá de las etiquetas, tanto en sus años mozos en Montevideo como en sus etapas adultas en el exterior (Francia, Inglaterra, Estados Unidos), fue una figura: una persona que irradiaba un carácter y un estilo, que se convierte en central y que anima a su entorno.

En Uruguay tuvo a su cargo las páginas literarias del semanario *Marcha* (1944-1959) y del diario *El País* (1960-1968) y compartió responsabilidades en la conducción de la revista *Número* (1949-1955). En esa primera etapa de su desarrollo, su activismo intelectual se caracterizó por una voluntad de revisar el repertorio literario del país desde una perspectiva novedosa. Trabajos como *José Enrique Rodó y el Novecientos* (1950), *Objetividad de Horacio Quiroga* (1952, luego reelaborado como *Las raíces de Horacio Quiroga*) o *Eduardo Acevedo Díaz* (1963), dan testimonio de un escrutinio ensayístico que llegaría a una transitoria culminación con *Literatura uruguaya del medio siglo* (1966).

La labor de Rodríguez Monegal en *Marcha* y en *El País* impuso un tono examinador y de distancia ante lo que se enjuiciaba. Además, se empeñó en traspasar las fronteras nacionales: su visión crítica y el rigor del método se pretenden universales, la conciencia se desea ecuménica y los valores y mediciones que se aplican son semejantes a los que regirían en cualquier latitud. De esa amplitud surge el interés por difundir las corrientes más vanguardistas y removedoras que sacuden a las literaturas del mundo y los nuevos autores que las encauzan y representan.

Integrante de lo que se conoce como "la Generación del 45", compartió con ese grupo un afán por renegar de las estructuras mentales y políticas que habían conformado el suelo y el subsuelo históricos del país hasta entonces. Pero su postura estuvo fundada en una reacción estética más que en pareceres ideológicos y sociológicos, como ocurría en otros casos. La producción que identifica la segunda etapa

de su evolución muestra un alejamiento de los argumentos de índole extraliteraria y un progresivo adentrarse en la interioridad del texto literario y en su autarquía creadora, sin olvidar jamás los anclajes circunstanciales que lo provocan. Dos ejemplos son su libro *Borges: una biografía literaria* (1978), y las directivas literarias con las que gobernó su revista *Mundo Nuevo* (que fue vinculada no sin algún escándalo a la diplomacia cultural que el Departamento de Estado de los Estados Unidos desplegó en ciertos tramos de la Guerra Fría).

De más en más, los textos de Rodríguez Monegal ilustran un criterio estético abierto y de francas filiaciones transgresoras, que no tiene reparos en abreviar en fuentes diversas. La escritura se entiende y se practica como una militancia radical en la literatura en tanto literatura y, muy en especial, como un acto que se inscribe en una continuidad histórica. A esos postulados orientadores debe añadirse la práctica simpática y sin complejos de un género tan impertinente y enemistoso como la crítica literaria, vuelto en sus manos una manera de oxigenar el universo de la creación.

El apoyo de Rodríguez Monegal a los autores más atrevidos del llamado "boom latinoamericano", y su cercanía de intereses con la poesía concreta brasileña, son otras tantas estaciones de una elección que crecerá y se ahondará. En el final de su vida, cuando ya se sabía herido de muerte, se aplicará a escribir *Las formas de la memoria*, una obra autobiográfica de largo aliento de la que tan solo terminará la primera entrega, titulada *Los magos* (1989). Es una pieza en la que, por vez primera en su trayecto, se compromete entero, en cuerpo y alma, y en la que demuestra una auténtica estatura de artista, es decir, de alguien que tiene una idea del mundo y una voz con la que transmitirla. ■

1968

3 de setiembre: el Senado rechaza la solicitud de destitución del rector Maggilo.

23 de octubre: el gobierno clausura por 24 horas a *Extra* y *El Popular*.

11 de noviembre: *Extra* es clausurado por tiempo indefinido.

13 de diciembre: se inaugura la novena Feria de Libros y Grabados.

18 de diciembre: el gobierno clausura por 24 horas al diario *El Popular* y al semanario *Izquierda* por una edición. También prohíbe la difusión de la película *La batalla de Argelia*.



Margarita Xirgú

1969

28 de febrero: la canción *Disculpe*, de H. Ferrari, gana el primer premio en el Festival de la Canción de Piriápolis.

15 de marzo: el gobierno clausura el periódico trotskista *Frente Obrero*.

16 de marzo: se deja sin efecto la clausura de *Extra*.

25 de abril: muere Margarita Xirgú.

17 de junio: el gobierno de Pacheco clausura el diario *Extra*.

26 de julio: el gobierno clausura el diario *Democracia* y el semanario *Izquierda*. Son detenidos los periodistas Daniel Waksman, Carlos María Gutiérrez, Milton Schinca y Pedro Scaron.



△ Mario Benedetti.

mo a quienes habían optado por la lucha armada. Ese año le dedica a Raúl Sendic un poema que se llama “Todos conspiramos”, en el que dice: “qué bueno que respire que conspires/ dicen que madrugaste demasiado/ que en plena siesta cívica gritaste/ pero tal vez nuestra verdad sea otra”. O también: “todos quieranlo-o-no van conspirando/ incluso el viento que te da en la nuca/ y sopla en el sentido de la historia/ para que esto se rompa se termine/ de romper lo que está resquebrajado”.

Las ideas políticas de Benedetti estaban cambiando y su poesía lo reflejaba. Ese es un hecho normal y frecuente en la historia de la literatura. Pero, en los años siguientes, Benedetti fue abandonando el papel del intelectual puro para asumir el de dirigente político. Entre 1968 y 1971 vivió en La Habana, donde contribuyó a

darle dimensión continental a la Casa de las Américas. Cuando volvió, en 1971, inició un período de fuerte militancia política que lo convirtió en uno de los fundadores del Movimiento 26 de Marzo. Aunque en aquel momento se intentó negarlo, hoy es generalmente admitido que ese movimiento fue el brazo político del MLN-Tupamaros. El hecho es reconocido, entre otros, por Eleuterio Fernández Huidobro en su libro *La Tregua Armada*.

En sus declaraciones de la época, Benedetti se expresaba como un dirigente político. Por ejemplo, explicaba públicamente que el Movimiento 26 de Marzo apoyaba el programa de gobierno del Frente Amplio como un programa mínimo de consenso, pero que esas medidas no implicaban aun “la transformación radical que necesita nuestra sociedad”.

La siguiente etapa sería “la unión permanente y combativa del pueblo”, que debería darse una presencia “orgánica y funcional” para el período posterior a las elecciones.

Muchos de los textos políticos producidos por Benedetti en esa época fueron recogidos en un libro de 1972 que se llamó *Crónicas del 71*. Otros más tardíos aparecieron en *Terremoto y después*, editado en 1973. Tras su retorno del exilio, Benedetti publicó en 1985 una obra titulada *Escritos políticos (1971-1973)*, que, según explica en la Introducción, reproduce aquellos textos. Pero Benedetti no aclara a sus lectores de 1985 que esa antología solo recoge 26 de los 36 ensayos contenidos en *Crónicas del 71*, y 32 de los 48 originalmente contenidos en *Terremoto y después*. Los materiales omitidos son básicamente

1969

25 de agosto: fracasa un atentado contra la planta emisora de *Radio Montecarlo* por parte del MLN-T.

9 de setiembre: el gobierno clausura a los diarios *De Frente* (por 72 horas) y *Acción* (por 24 horas).

13 de setiembre: son liberados los periodistas Daniel Waksman, Milton Schinca, Pedro Scaron y Carlos María Gutiérrez, que opta por irse del país.

24 de octubre: el gobierno clausura al semanario *Marcha* por una edición.

1970

12 de febrero: el gobierno instala consejos interventores en Secundaria y UTU. Son clausurados *El Popular*, *De Frente* y *BP Color*.

22 de mayo: el diario *Ya!* es clausurado por cinco ediciones.

20 de setiembre: atentado contra el domicilio del rector Maggiolo.

7 de octubre: Óscar Bruscherá, Héctor Rodríguez, Germán D'Elia, Carlos Quijano, Julio Castro, Ernesto Miranda y otros firman una declaración llamando a generar un acuerdo político de izquierda.

1970-1971

8 de octubre: atentados del MLN contra varios editores de diarios.

1971 20 de marzo: Heberto Padilla es detenido en Cuba.

9 de abril: el diario *Le Monde*, de París, publica una carta de intelectuales que reclaman la liberación de Padilla.

26 de abril: Padilla es liberado y hace su autocritica pública.

3 de mayo: el Consejo Interventor de Enseñanza Secundaria dispone destituciones, traslados y detenciones.

textos de propaganda política al servicio del Frente Amplio y del Movimiento 26 de Marzo, donde expresa ideas típicas de un dirigente de la izquierda radical de la época.

Cuando, en setiembre de 1971, el Movimiento 26 de Marzo fue formalmente admitido en el Frente Amplio, Benedetti fue su representante. En esa época escribía que era tiempo de acción y no de palabras. A ojos de muchos, se había convertido en un activista.

Sin embargo, en ese mismo año 1971 Benedetti publicó *El cumpleaños de Juan Ángel*, una novela escrita en verso que está dedicada a Raúl Sendic. El libro relata la historia de un empleado de banco que vive un proceso de progresiva toma de conciencia política, hasta que finalmente opta por incorporarse a la lucha armada. Juan Ángel es el nombre de guerra adoptado por el protagonista, que hasta entonces se había llamado Osvaldo Puente (el uso de imágenes para expresar una transición no es particularmente sutil). El libro incluía pasajes como este: “a esos verdugos fétidos obscenos les gusta creer que/ uno mata como ellos con idóneo disfrute de crueldad deportiva/ pero matar a un tipo cualquiera así sea un sádico/ hijo de puta degenerado torturador es una prueba/ sin fantasía es todo lo contrario a una proeza/ a lo sumo es un agrio deber”.

Benedetti había cumplido un proceso personal que lo había llevado a asumir funciones como dirigente político de la izquierda radical. Ese proceso no lo había hecho renunciar a su condición de escritor, ni hubiera tenido por qué hacerlo. Pero el punto es que empezó a usar su literatura (y su llegada a un público que lo leía desde hacía años) de un modo que favorecía sus objetivos como dirigente político. El retrato del combatiente heroico y desinteresado que hace en *El cumpleaños de Juan Ángel* era la descripción idealizada de una guerrilla que en ese mismo momento estaba reclutando adeptos. Y Benedetti era uno de los principales dirigentes de un movimiento que estaba estrechamente asociado a esa guerrilla. El arte había sido instrumentalizado.

Arturo Ardao

Por Adolfo Garcé

> Nació el 27 de setiembre de 1912, en la localidad de Barriga Negra (departamento de Lavalleja). Estudió en la Facultad de Derecho (1929 – 1939) y tuvo una destacada actuación en el movimiento estudiantil (fue secretario general de la FEUU). Pero ni su indeclinable compromiso cívico (participó, junto a Basilio Muñoz, en el levantamiento armado de 1935 contra la dictadura de Terra), ni su intensa participación en el periodismo (acompañó a Carlos Quijano en *El Nacional*, *Acción y Marcha*), deben inducir a error: antes que nada, Arturo Ardao fue un universitario.

Enseñó Sociología en la Facultad de Derecho e Historia de las Ideas en Humanidades (aunque también ejerció la docencia en el IPA y en enseñanza secundaria). Tuvo una fecunda actuación como investigador en la Facultad de Humanidades; fue director del Instituto de Filosofía (1963-1974) y, finalmente, decano de esa facultad (entre 1968 y 1972). Entre 1976 y 1988 debió exiliarse en Venezuela donde continuó su carrera académica y su producción filosófica. A su regreso no se reinsertó en la Universidad, pero siguió investigando y escribiendo en *Cuadernos de Marcha*.

Recibió múltiples reconocimientos: Premio Nacional a la Obra Intelectual (1988), Gran Premio Municipal de Literatura “José Enrique Rodó” (1989), Premio “Gabriela Mistral” (1991), Doctorado Honoris Causa de la Udelar (1992), Ciudadano Ilustre de Buenos Aires (2000), Homenaje del Senado de la República (octubre de 2002). Murió en Montevideo, el 22 de setiembre de 2003.

En términos analíticos es posible distinguir dos grandes vertientes en su obra: la labor en el campo de la historia de las ideas y sus aportes en el terreno estrictamente filosófico.

Tanto por su actuación docente como por su actividad de investigación, Ardao es el fundador de la historia de las ideas como disciplina en Uruguay (en la huella de José Gaos, y en paralelo a los avances de Leopoldo Zea o Francisco Romero en otras latitudes). Sus principales obras sobre la historia de las ideas en Uruguay son: *Filosofía pre-universitaria en Uruguay* (1945), *Espiritualismo y Positivismo en Uruguay* (1950), *Battle y Ordóñez y el positivismo filosófico* (1951), *Introducción a Vaz Ferreira* (1961), *Racionalismo y liberalismo en Uruguay* (1962), *Rodó, su americanismo* (1970) y *Etapas de la Inteligencia Uruguaya* (1971).

Ardao se ocupaba de la historia de las ideas porque consideraba que las ideas jugaban un papel central en la historia de las sociedades. Por ejemplo, según su punto de vista, la institucionalización de la democracia en Uruguay a comienzos del siglo XX había sido facilitada por el movimiento hacia la superación del

sectarismo filosófico cuyos mejores exponentes fueron Carlos Vaz Ferreira y José Enrique Rodó. La paz política se cimentó en la “paz filosófica”. Para Ardao, Uruguay debía sentirse orgulloso de su tradición filosófica.

El Ardao filósofo es menos conocido que el historiador de las ideas. Sin embargo, principalmente en *Espacio e inteligencia* (Caracas, 1983) y *Lógica de la razón y Lógica de la inteligencia* (2000), incursionó con fundamento, originalidad y elegancia estilística en cuestiones y distinciones filosóficas.

Como historiador, como filósofo y, por cierto, como ciudadano, su otra gran pasión fue América Latina. Dejó constancia de ello en otro conjunto de obras, entre las que cabe mencionar las siguientes: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980), *Andrés Bello, filósofo* (1986), *La inteligencia latinoamericana* (1987) y *Romania y América Latina* (1991).

Ardao ha escrito que la cultura uruguaya de la primera mitad del siglo XX lleva la huella de los magisterios de Carlos Vaz Ferreira y José Enrique Rodó. La hipótesis se aplica con perfección a su propio caso. Algunas de las principales facetas de su pensamiento filosófico constituyen desarrollos de temas vazferreirianos (como su interés en la filosofía de la lógica) o rodonianos (del americanismo literario al latinoamericanismo filosófico). Fiel a esa configuración genética, permaneció invariablemente ajeno al dogmatismo que asoló nuestro paisaje intelectual, en especial durante la década del 60’.

Por distintas razones, no sería difícil adscribirlo a la Generación del 45. Compartió con ellos la circunstancia histórica, el magisterio de Quijano, la tribuna de *Marcha* y la incómoda interrogante acerca del verdadero valor de la tradición cultural nacional. Sin embargo, tuvo diferencias muy importantes con ellos. Para los del 45 había muy poco realmente valioso para rescatar en la tradición cultural nacional. Ardao se dedicó a sostener exactamente el punto de vista contrario: en el árbol genealógico de la inteligencia uruguaya veía mucho más que un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos miserables.

Escribió mucho, pero siempre fue muy riguroso en forma y fondo (“a caballo corredor, rienda corta”, le gustaba decir). Fue modesto, pero nunca dudó, cada vez que lo consideró necesario, en nadar contra la corriente (como cuando, en 1970, en pleno apogeo de la “generación crítica”, asumió la defensa de Rodó). Se comprometió profundamente con los problemas de su tiempo y tuvo convicciones muy firmes (la democracia política, el antiimperialismo, el latinoamericanismo), pero no permitió que la pasión derivara en intolerancia. Fue un lector agudo y exigente, pero siempre prefirió comprender a juzgar. ■

1971

14 de mayo: un grupo de intelectuales uruguayos publica una carta de apoyo a Cuba frente a las críticas desatadas por el caso Padilla.

20 de mayo: atentados del MLN-T contra el Cine Rex. Segunda carta en *Le Monde*, donde se rechaza la autocritica de Padilla.

7 de junio: atentados contra el domicilio del rector de la Universidad, Ing. Óscar Maggiolo, y contra el domicilio del decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Prof. Arturo Ardao.

7 de agosto: son detenidos cinco actores de teatro.

8 de agosto: el MLN copa un cine de Las Piedras y lee una proclama.

4 de setiembre: el gobierno decreta clausuras a *La Idea*, *El Eco*, *El Popular*, *Ahora y Liberación*.

18 de setiembre: incendio del Estudio Auditorio del SODRE.

20 de octubre: el gobierno hace una exposición de material incautado por la policía en locales de la Universidad de la República.

12 de noviembre: atentados con bombas contra los domicilios de varias autoridades de la enseñanza.

29 de noviembre: el gobierno clausura al diario *El Día* por dos ediciones.

6 de diciembre: Eduardo Galeano publica *Las venas abiertas de América Latina*.

14 de diciembre: el gobierno prohíbe la impresión, distribución, comercialización y/o difusión de publicaciones, libros, folletos, revistas, etcétera en los que se traten los temas de la violencia armada.

30 de diciembre: el gobierno clausura definitivamente el diario *El Eco*.

El caso Padilla

La intelectualidad uruguaya y latinoamericana se había volcado a la izquierda, y su producción se había politizado hasta llegar a veces a la instrumentalización. Pero en 1971 (el mismo año en que apareció *El cumpleaños de Juan Ángel*) esa izquierda fue sacudida por un verdadero terremoto: el caso Padilla.

Heberto Padilla era uno de los poetas más respetados de Cuba. Había nacido en 1933 y trabajaba como periodista en Estados Unidos cuando se produjo el triunfo de Castro. Entonces retornó a la isla y se puso al servicio de la revolución. Cumplió labores diplomáticas en varios países de Europa del Este y en 1966 volvió a La Habana. Una vez retornado,

se incorporó al grupo de intelectuales y artistas que publicaban en una conocida revista literaria llamada *Lunes*. Era un experto en poesía inglesa romántica. Conocía muy bien las obras de Keats, Shelley y Byron.

Lunes era un suplemento del diario *Revolución*, el órgano de prensa oficial del Movimiento 26 de Julio. Desde su fundación en 1956, su objetivo había sido promover el debate y divulgar el arte y el pensamiento contemporáneos. En sus páginas escribían los mejores autores cubanos de la época (José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Guillermo Cabrera Infante) y también extranjeros como Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Jean Paul Sartre. Los espacios dedicados al

pensamiento político incluían contribuciones de Fidel Castro, el “Che” Guevara y Lenin, pero también de figuras menos cómodas como Mao, que estaba en abierto conflicto con Moscú, y León Trotsky, que era tabú en la Unión Soviética.

Los problemas de *Lunes* empezaron muy pronto. En 1961, la revista patrocinó un documental filmado por Sabá Cabrera Infante (hermano de Guillermo) que intentaba mostrar la vida nocturna en La Habana. La obra fue considerada decadente y secuestrada por el gobierno. En los ásperos debates que siguieron a ese acto de censura, Fidel Castro acuñó una frase con fuerte sentido disciplinador: “Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada”. En los años siguientes

Aldo Solari

Por Javier Bonilla Saus

> Nacido en Montevideo en 1922, la trayectoria de Aldo Solari se inicia en los años 50 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Abogado de formación, fue de los primeros en advertir que la sociedad uruguaya requería ser estudiada desde una perspectiva científica.

Hasta ese momento, Uruguay conocía su historia, sus partidos políticos, sus instituciones jurídicas, su producción cultural, algunas características de su quehacer económico y, desde luego, los datos básicos de su geografía. Pero nadie había intentado todavía construir una mirada sociológica del país. Aldo Solari fue (quizás inicialmente solo acompañado por Isaac Ganón) uno de los primeros compatriotas que decidió llevar adelante esta tarea de manera sistemática, objetiva y, sobre todo, partidariamente independiente. En esa actitud seguramente influyó su pasaje por la Sorbonne y el *Institut National d' Etudes Démographiques* en Francia, y por la *London School of Economics* en Inglaterra.

Con escasos 31 años, presentó su tesis, *Sociología rural nacional*, para concursar como profesor agregado. La empresa fue enorme por la cantidad de temas que abordaba (la definición de una sociología rural, la población rural del país, la propiedad de la tierra, la estructura de la sociedad rural) y también por la escasez de datos con los que tuvo que trabajar.

Como profesor titular de Sociología y, luego, como director del Instituto de Ciencias Sociales, inició una extensa obra sociológica: *Apuntes de sociología, Las ciencias sociales en el Uruguay* (1959), *Sociología rural latinoamericana* (1963), *Estudios sobre la sociedad uruguaya* (1964), *El tercerismo en el Uruguay* (1965), *El Uruguay en cifras* (1966).

Vinculado desde sus inicios con la Comisión de Investigaciones y Desarrollo Económico (CIDE), sus trabajos se orientan hacia la temática del desarrollo y la educación. A esa época corresponden *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra* y el *Informe sobre el estado de la educación en Uruguay* (1967).

El reconocimiento internacional lo llevará a trabajar en la CEPAL, ILPES y FLACSO en Santiago de Chile, así como en UNESCO y el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). De sus trabajos realizados en ese período cabe destacar, entre otros: *Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina* (1968), *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina* (1969), *Algunas reflexiones sobre la juventud latinoamericana* (1972), *Estudios sobre educación y empleo* (1973), *Problemas del desarrollo social de América Latina* (1974), *Las transformaciones rurales en América Latina: desarrollo o marginación* (1979). La muerte lo sorprenderá en 1989, a los 67 años, como vicepresidente del CODICEN en el primer gobierno democrático.

En su vasta obra resaltan la variedad temática y una muy respetable calidad académica. Pero lo que hace de Solari un autor particularmente notable es su inmovible independencia intelectual. Actor privilegiado del surgimiento de la sociología nacional durante la Guerra Fría y la paulatina polarización política del país, Solari enfrentó ataques desde los diversos bandos en los que se fueron dividiendo las ciencias sociales uruguayas a partir de la década de los años sesenta.

Ante las nuevas generaciones de sociólogos que, influidos por la escuela estructural-funcionalista estadounidense, veían a las sociedades como complejas maquinarias que se autorreproducían sin abrir ningún espacio al cambio, Solari respondía que esa sociología se limitaba a operar

como una justificación del estado de cosas existente.

Ante los nuevos “sociólogos comprometidos”, que enarbolaban el discurso sociológico como arma de “la Revolución”, Solari contestaba que la actividad científica, aun en lo social, es un compromiso con la razón, con la reflexión serena y con el esfuerzo por la objetividad. Toda toma de posición ante un problema social que no surja de un análisis sociológico razonado no puede sino desembocar en una postura panfletaria y, casi seguramente, parcial o equivocada.

Durante las décadas de los años 60 y 70, sus principales enfrentamientos se dieron con esta “sociología comprometida” y sus antecesores de la Generación de 45 que, a través del semanario *Marcha*, venían poniendo en tela de juicio consciente o inconscientemente los valores democráticos y liberales que Uruguay había construido desde finales del siglo XIX. Ejemplo magnífico de estos enfrentamientos fue la polémica sobre “el tercerismo” que Solari desató con (y entre) Arturo Ardao y Carlos Real de Azúa. Los llamados a la prudencia intelectual ante las condenas indiscriminadas al “imperialismo yanqui”, o el rechazo al intento de justificación del expansionismo soviético realizado por Carlos Real de Azúa desde *Época*, le valieron a Solari un aislamiento intelectual que hoy causa asombro.

La sociología fue para Solari un laborioso trabajo de búsqueda de los problemas sustantivos de cada sociedad. Como Freud había revelado para los individuos, para Solari las sociedades creen ser lo que no son. La tarea del sociólogo es exponer serenamente los problemas que la sociedad no ve en sí misma. ■

tes, varios miembros del grupo de *Lunes* fueron perseguidos por sus inclinaciones homosexuales (la revolución cubana ha sido siempre fuertemente homofóbica). Virgilio Piñera fue encarcelado en octubre de 1961. En 1966, la novela *Paradiso* de José Lezama Lima fue retirada de circulación poco después de ser editada.

En 1967, Heberto Padilla criticó públicamente al escritor Lisandro Otero, que en ese momento era vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura. El motivo fue la publicación de *Pasión de Urbino*, una obra de Otero que en 1965 había obtenido el segundo lugar del Premio Biblioteca Breve (el primer premio había sido para *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante). Padilla se atrevió a demoler la obra de Otero y a elogiar el libro de Cabrera Infante, que ya vivía en el exilio.

En 1968 Cuba empezó a recibir subsidios masivos de la Unión Soviética y profundizó su alineamiento con Moscú. Ese año, Fidel Castro se vio obligado a defender el aplastamiento de la Primavera de Praga. En ese contexto se desató una nueva polémica en torno a un libro que concursaba para un premio de poesía. La obra se llamaba *Fuera de juego* y, aunque había sido presentada bajo seudónimo, todos sabían que había sido escrita por Heberto Padilla. El jurado, compuesto por los cubanos Manuel Díaz Martínez, José Lezama Lima y José Zacarías Tallet, el inglés John Michael Cohen y el peruano César Calvo, se aprestaba a concederle el primer premio.

Entonces empezaron las presiones. Manuel Díaz Martínez recibió la visita de dos escritores (Roberto Branly y Félix Pita) que le advirtieron que Padilla era un contrarrevolucionario y que premiarlo traería problemas. Nicolás Guillén visitó a Lezama Lima para darle el mismo mensaje. David Cheiricián hizo lo propio con José Zacarías Tallet. Hubo un intento de expulsar a Díaz Martínez del jurado, pero la reacción indignada de figuras como el poeta salvadoreño Roque Dalton forzaron una marcha atrás.

La decisión del jurado finalmente se mantuvo, pero enseguida empezaron los problemas. Los ganadores del concurso nunca recibieron sus premios. Dos de las obras premiadas (*Fuera de juego*, de Padilla y *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat) fueron acusadas públicamente de servir al imperialismo. El escritor Félix Pita anunció que existía una “conspiración de intelectuales contra la revolución”. Desde la revista oficialista *Verde Olivo* se lanzó una campaña contra Padilla, Virgilio Piñera, Antón Arrufat y Cabrera Infante. Los ataques incluían desde acusaciones de trabajar para la CIA hasta referencias a la homosexualidad de alguno de ellos.



△ Heberto Padilla.

Padilla se consideraba socialista y seguía siendo partidario de la revolución. Sus críticas iban dirigidas al modelo soviético e implícitamente a la posibilidad de que terminara implantándose en Cuba. Pero su preocupación tocaba un punto sensible para el régimen de Castro, que estaba apostando a una profundización de las relaciones con Moscú. De modo que, entre 1968 y 1971, Padilla fue crecientemente marginado dentro de la isla y adquirió imagen de escritor disidente.

El escándalo estalló en marzo de 1971 y tuvo como protagonista involuntario al escritor chileno Jorge Edwards, que había sido designado encargado de negocios de su país en Cuba por el gobierno de Salvador Allende. El objetivo de su misión era el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Al llegar a La Habana, Edwards entró en contacto con escritores amigos suyos, entre los que estaban Lezama Lima, Belkis Cuza Malé y su marido, Heberto Padilla. En sus encuentros se hablaba de la situación cubana y Padilla exponía detalladamente sus críticas. Era un acto de coraje, porque todos sabían que sus conversaciones estaban siendo escuchadas. Pero Padilla creía que el régimen no podía ir muy lejos porque debía cuidar su imagen internacional.

En enero de 1971, Padilla hizo una lectura pública de una serie de poemas titulada *Provocaciones*. Su contenido mostraba un escepticismo y un inconformismo que el régimen ya no estaba dispuesto a aceptar. A las siete de la mañana del 20 de marzo, un grupo de hombres armados irrumpieron en el apartamento donde Padilla vivía junto con Belkis Cuza Malé. Tomaron fotos, revisaron el domicilio de manera brutal y desparramaron papeles por el piso. Estaban buscando los originales de *En mi jardín pastan los héroes*, la novela que

Padilla acababa de terminar. Los agentes encontraron todas las copias que había hecho Padilla, menos una que estaba escondida en un cesto donde se guardaban los juguetes de su hija.

Padilla fue encarcelado y acusado de “atentar contra los poderes del Estado”. Su esposa también fue detenida, aunque la liberaron poco después. Según el relato que Padilla haría más tarde, el oficial que conducía los interrogatorios le dijo: “Podemos destruirte aunque tú sepas que legalmente no tenemos razón alguna. No has hecho nada, no has puesto ninguna bomba, no has cometido ningún sabotaje, ni has hecho contrabando de divisas. Pero todo esto lo reconocerá la revolución en su momento y no tendremos reparos en rehabilitarte. Hoy tú representas una tendencia peligrosísima en el país y hay que destruirla. De modo que solo tienes una salida: ponerte de acuerdo con nosotros”.

El mismo día que Padilla fue detenido, Fidel Castro comunicó personalmente a Jorge Edwards que había sido declarado persona no grata y debía salir de Cuba. Días después, en un acto realizado en la Universidad de La Habana, Castro asumió la responsabilidad por la detención de Padilla y se justificó diciendo: “Existe una serie de hechos que provocarán indignación cuando se hagan públicos”.

La detención de Padilla causó conmoción entre los intelectuales que simpatizaban con Cuba. Varios de ellos, residentes en Europa, redactaron una carta dirigida a Fidel Castro en la que reclamaban su inmediata liberación. La carta fue publicada en *Le Monde* el 9 de abril de 1971. Sus autores manifestaban su solidaridad con Cuba pero rechazaban “el empleo de métodos represivos contra intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica a la revolución”. El argumento era que esa práctica solo podía favorecer al imperialismo y a los enemigos de Cuba. Entre los firmantes estaban Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Franqui, Juan y Luis Goytisolo, Alberto Moravia, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar.

A comienzos de abril, la Seguridad del Estado dio a conocer una “Carta de Heberto Padilla al Gobierno Revolucionario” escrita en un tono conciliador y autoinculpatorio. Quienes lo conocían dijeron de inmediato que ese texto no era suyo. El 26 de abril, Padilla fue liberado tras 37 días de reclusión solitaria. Esa noche se realizó un acto público, rodeado de un gran despliegue de seguridad, en el que Padilla hizo una autocrítica e

inculpó a varios colegas. Los nombrados también fueron obligados a autocriticarse. Díaz Martínez, que estaba presente, recuerda así el episodio: “La autocritica de Padilla ha sido publicada, pero una cosa es leerla y otra cosa bien distinta es haberla oído allí aquella noche. Ese momento lo he registrado como uno de los peores de mi vida. No olvido los gestos de estupor, mientras Padilla hablaba, de quienes estaban sentados cerca de mí, y mucho menos la sombra de terror que apareció en el rostro de aquellos intelectuales cubanos, jóvenes y viejos, cuando Padilla empezó a citar nombres de amigos suyos (...) que él presentaba como virtuales enemigos de la revolución”. Antón Arrufat también recuerda: “Yo mismo, no sé por qué me salvé: Padilla me había avisado momentos antes de empezar a hablar que iba a tener que decir mi nombre, pero parece que se le olvidó y no lo dijo”.

La autocritica de Padilla hizo recordar las peores épocas del estalinismo. Durante su discurso, el escritor se acusó de haber dicho “una serie de injurias y difamaciones contra la Revolución que

constituyen y constituirán siempre mi vergüenza”. Se atribuyó “muchos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables”. Se definió como un “contrarrevolucionario”, tal como el régimen lo describía: “Contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la revolución, que la daña. Y yo actuaba y yo dañaba a la Revolución. A mí me preocupaba más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución”. Llegó incluso a elogiar a sus carceleros: “Si algo yo he comprendido entre los compañeros de Seguridad del Estado, que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema hablar de ellos sino hablar de mí, yo he aprendido en la humildad de estos compañeros, en la sencillez, en la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria, la diferencia que hay entre un hombre que quiere servir a la Revolución y un hombre preso por los defectos de su carácter y de sus vanidades. (...) Yo he tenido muchos días para discutir estos temas, y los compañeros de Seguridad no son policías elementales. Son gente muy

inteligente. Mucho más inteligentes que yo, lo reconozco”. Luego pasó a acusar a colegas con nombre y apellido.

El 20 de mayo se publicó en París una segunda carta de protesta, más severa que la anterior pero con algunas ausencias: ya no estaban Cortázar ni García Márquez. El texto se dirigía a Fidel Castro y empezaba diciendo: “Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. (...) Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitarle a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están sucediendo en Cuba”. Entre los firmantes estaban Simone de Beauvoir, Marguerite Duras, Giulio Ei-

Neruda, el poeta funcionario

El poeta Pablo Neruda (Premio Nobel de Literatura en 1971) es al mismo tiempo el autor de algunos de los mejores versos que se han escrito en lengua española y un ejemplo asombroso del grado de politización al que fue llevada la cultura durante los años de la Guerra Fría.

Neruda nació en 1904 y a principios de los años treinta ya era un comunista entusiasta. Diplomático de profesión, en 1940 fue nombrado cónsul de Chile en México. El 25 de mayo de ese año, el pintor mexicano David Alfaro Siqueiros intentó asesinar a León Trotsky, a quien Stalin había mandado matar pese a haberse exiliado en México. Trotsky se salvó esa vez (se tiró debajo de la cama para evitar las ráfagas de metralleta) aunque no sobreviviría al siguiente intento.

Alfaro Siqueiros fue detenido por la policía, pero pudo salir de México gracias a una visa extendida por el cónsul Pablo Neruda, que lo visitó repetidamente en la cárcel y consiguió enviarlo a Chile para pintar un mural. En su libro de memorias *Confieso que he vivido*, Neruda se limita a decir que “alguien” había “embarcado” a Alfaro Siqueiros en una “incursión armada” y afirma que, tras haber logrado que el famoso muralista hiciera obra en Chile, “el gobierno de Chile me pagó este servicio a la cultura nacional, suspendiéndome de mis funciones de cónsul por dos meses”.

Mientras desarrollaba su actividad como diplomático y como político (fue senador



en 1945), Neruda siguió desarrollando su obra poética. Pero esa obra no era para él solamente un producto estético, sino también un instrumento político. En 1944, cuando el Partido Comunista cubano integraba el gobierno de Fulgencio Batista, Neruda hizo un discurso en la Universidad de Chile en el que dijo: “Batista, como hombre del pueblo, ha comprendido mejor que muchos demagogos el papel de los intelectuales, y honra a toda América (...) Los chilenos damos hoy la mano a Fulgencio Batista. (...) Saludamos en él al continuador y restaurador de una democracia hermana”. Años más tarde, cuando Fidel Castro había derrocado a Batista, Neruda escribió: “El que no esté con Cuba, con su revolución, con Fidel Castro, está del otro lado, del lado de la ignominia y de la traición”.

En 1950, en plena época estalinista, Neruda publicó *Canto General*, uno de sus libros más difundidos. Allí justifica las matanzas indiscriminadas y los millones de prisioneros en el Gulag con versos como los siguientes: “Stalin alza, limpia, construye, fortifica/ preserva, mira, protege, alimenta,/ pero también castiga./ Y esto es cuanto quería deciros, camaradas:/ hace falta el castigo”.

En sus memorias Neruda cuenta cómo se manejaba la vida cultural en la Unión Soviética (a la que viajó con frecuencia), aparentemente sin percibir el grado de despotismo que describe: “Ya había muerto Maiakovski, pero sus recalcitrantes y reaccionarios enemigos atacaban con dientes y cuchillos la memoria del poeta, empeñados en borrarlo del mapa de la literatura soviética. Entonces ocurrió un hecho que trastornó aquellos propósitos. Su amada Lily Brick escribió una carta a Stalin señalándole lo desvergonzado de estos ataques y alegando apasionadamente en defensa de la poesía de Maiakovski. Los agresores se creían impunes, protegidos por su mediocridad asociativa. Se llevaron un chasco. Stalin escribió al margen de la carta de Lily Brick: ‘Maiakovski es el mejor poeta de la era soviética’. Desde ese momento surgieron museos y monumentos en honor de Maiakovski y proliferaron las ediciones de su extraordinaria poesía. Los impugnadores quedaron fulminados e inertes ante aquel trompetazo de Jehová.” ■

naudi, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, André Gortz, Juan y Luis Goytisolo, Mario Vargas Llosa, Alberto Moravia, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, Juan Rulfo, Jean Paul Sartre y Susan Sontag.

La nueva carta fue respondida por un comunicado de Casa de las Américas escrito con singular dureza: “La prensa capitalista desató una calumniosa campaña contra Cuba, a la cual colaboraron algunas decenas de intelectuales coloni-

zadores, con su secuela de colonizados, de destartada ideología, quienes aprovecharon una coyuntura para mostrar su verdadero rostro, contrario a la Revolución, y prestar servicios conscientes o no al imperialismo norteamericano”. A continuación se difundió una serie de declaraciones de intelectuales latinoamericanos que apoyaban a Cuba y atacaban a quienes se habían vuelto críticos. Entre los firmantes estaban Alejo Carpentier,

Nicolás Guillén, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti y David Alfaro Siqueiros. Un texto especialmente llamativo fue el de Gabriel García Márquez, que decía: “Yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la Revolución como se dice, pero su auto-crítica sí se lo está haciendo y mucho”. Lo que estaba sugiriendo García Márquez era que la confesión pública de Padilla era el acto supremo de un contrarrevolucionario que insistía en dañar a la revolu-

Eduardo y Marilyn

Por Pablo da Silveira

> ¿Cómo explicar que, pese a su éxito de ventas y a las múltiples formas de reconocimiento, Eduardo Galeano no cale hondo en buena parte del mundo intelectual? Tal vez un ejemplo ayude a entender lo que pasa. Tomemos, entre muchas opciones posibles, el párrafo que dedica a Marilyn Monroe en la página 170 del tercer tomo de *Memoria del Fuego*.

Lo que allí está haciendo Galeano es pintar un gran fresco que abarca la historia de las tres Américas. Lo hace sirviéndose de pinceladas cortas, lo que es una técnica perfectamente válida, y al elegir a las figuras representativas de los Estados Unidos del siglo XX incluye a la rubia Marilyn, lo que sin duda es un acierto. ¿Qué nos cuenta Galeano a propósito de Marilyn? Que, cuando empezó su carrera, no era la mujer esplendorosa que el mundo conoció más tarde. Que tenía papada, párpados demasiado gordos y dientes demasiado grandes. Que fue la maquinaria de Hollywood la que “le cortó grasa, le suprimió cartilagos, le limó los dientes y convirtió su pelo castaño y bobo en un oleaje de oro fulgurante”. En una palabra, nos cuenta que la rubia Marilyn fue una creación del mismo sistema de producción que hizo uso de ella y luego la destruyó.

El problema de este relato no es que sea falso. Dejando algunos detalles de lado, la historia que cuenta es verdadera. Tampoco ocurre que Galeano se equivoque al señalar un drama humano donde no lo hay. Por cierto que la vida de Marilyn tiene un componente trágico. El problema no está allí sino en que, al hablar de Marilyn como emblema de una época, Galeano confunde lo esencial con lo accesorio.

Lo que hace especial a Marilyn Monroe no es que haya sufrido una larga serie de operaciones de cirugía estética, que le hayan cambiado el nombre, ni que hayan invertido mucho dinero en su promoción. Eso es justamente lo que Marilyn tiene en común con muchísimas mujeres. Lo que la distingue de todas las demás es que ella, y solo ella, llegó a ser un ícono del siglo XX. Muchas más intervenciones quirúrgicas y mucho más dinero se invirtieron, por ejemplo, en el lanzamiento de Bo Derek. Sin embargo, a un joven de veinte años hay que explicarle quién era la “Chica 10”, mientras que le alcanza un golpe de vista para reconocer a Marilyn.

Lo que hace que Marilyn Monroe merezca estar en todo fresco histórico del siglo XX es aquello que la diferencia de tantas otras mujeres que fueron igualmente inventadas (y frecuentemente destruidas) por Hollywood, no aquello que tiene en común con ellas. ¿Qué recursos había en su personalidad para que llegara a impactar como impactó en la sensibilidad del público? ¿Qué puso ella y qué puso el propio público para que se desatara la magia que no se desató en muchísimos otros casos? Estas son las preguntas importantes en el caso de Marilyn, pero sobre esto no encontramos nada. La sensación de insatisfacción intelectual que dejan los textos de Galeano surge de esta tendencia a explicar lo que no hace falta explicar y dejar inexplicado lo que debería serlo. El mismo fenómeno se produce en su manera de abordar fenómenos como el subdesarrollo y la injusticia. Sus escritos sobre estos temas reposan sobre un supuesto que podría formularse así: todos los pueblos tienen una vocación natural a vivir en la abundancia y en la justicia. Si en ciertos casos esto no ocurre, es porque en algún lado están “ellos”, los otros, que impiden cumplir este destino. Entender la economía y la sociedad consiste en saber por qué a ciertos pueblos no se les permite desarrollarse.

En esta manera de ver las cosas se repite el error que encontramos en el caso de Marilyn. La mayoría de los pueblos que han habitado este planeta vivieron en la escasez material y sometidos a la ley del más fuerte. Solamente algunos alcanzaron niveles de bienestar significativos, y solamente unos pocos consiguieron sustituir el principio de la fuerza por el de la legitimidad. La pregunta interesante es qué tuvo que ocurrir para que eso fuera posible. Y la respuesta no es que ciertos pueblos alcanzaron la abundancia y la legitimidad institucional porque oprimieron y explotaron a otros: desde que el mundo es mundo ha habido pueblos opresores y explotadores, pero la mayor parte de ellos tuvieron desempeños penosos tanto en materia de bienestar como de libertad interna.

Chesterton decía que hay algo maravilloso en el hecho de que el guarda anuncie que la próxima estación es Victoria y que, algunos minutos más tarde, el tren llegue a Victoria. Más natural sería esperar que llegara a otro sitio, que descarrilara, o que se detuviera. Detrás de algo tan cotidiano como el funcionamiento de una línea ferroviaria hay una larga cadena de hazañas humanas que, como todas las hazañas humanas, están fabricadas de coraje, imaginación, fuerza creadora, generosidad, egoísmo, rapacidad, envidia y crueldad.

En esta capacidad de vencer el fracaso a partir de la imperfección hay un profundo misterio humano. Para Galeano, en cambio, no hay aquí nada sobre lo que valga la pena reflexionar. Según su epistemología implícita, el éxito es trivial y el fracaso debe ser explicado. Detrás de su aparente criticidad, hay un inmenso e ingenuo optimismo. ■

(Una versión previa de este texto fue publicada por la revista *El Estante*, Montevideo, en 1999).

historia reciente

21/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario El País con el apoyo del Centro de Estudios Jean-François Revel.

Dirección de proyecto
Pablo da Silveira

Investigación y redacción
Pablo da Silveira
Francisco Faig
Félix Luna
Enrique Mena Segarra
Martín Peixoto

Asistente
José López

Fotografías
Archivo de El País

Diseño gráfico, armado y corrección
Trocadero

Publicación
El País

Impreso en El País
Depósito legal: 334.251





△ Eduardo Galeano

ción. El intento de convertir a la víctima en victimario causó indignación.

El caso Padilla dividió las aguas entre los intelectuales. Mario Vargas Llosa renunció al comité editorial de Casa de las Américas y rompió con Cuba. Octavio Paz declaró: “Todo esto sería únicamente grotesco, si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática, y al dirigente en un César”. Fidel Castro respondía con discursos feroces en los que trataba a sus críticos de “ratas intelectuales”. En esos días definió al arte como un “arma de la revolución” y expuso la idea de que la actividad cultural debía ser

utilizada para alcanzar fines políticos. Hablando de los concursos literarios, dijo: “¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad”.

El 14 de mayo de 1971 se dio a conocer una carta de intelectuales uruguayos en relación al caso Padilla. El texto afirma: “En las últimas semanas, la prensa reaccionaria de todo el mundo (y, por supuesto, la de nuestro país) ha desatado una feroz campaña contra la Revolución

Cubana. (...) Las repercusiones de este asunto en ciertos medios intelectuales de Europa, han sido tan desproporcionadas con respecto a la magnitud real del problema que resulta más que evidente una bien digitada orientación en la que muchos intelectuales –probablemente honestos, pero riesgosamente ingenuos– han participado (...). A nosotros, intelectuales y artistas uruguayos que no hemos apostado a la inocencia de Padilla sino a la revolución latinoamericana, y que consideramos que la Revolución Cubana fue el detonante decisivo para llegar a la actual asunción de una conciencia revolucionaria por los pueblos de América Latina, (...) nos alarma sobremedera la actitud poco menos que elitista de ciertos latinoamericanos, casi europeos, que parecen creer que un intelectual siempre es inocente, cuando la verdad es que puede ser tan contrarrevolucionario (o tan revolucionario) tan honesto o tan deshonesto, como cualquiera. (...)”.

Los firmantes de la carta continúan diciendo: “Por nuestra parte, queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste ésta a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales. Muchas veces hablamos de la presencia y el desarrollo del hombre nuevo; pero tengamos bien claro que esa denominación debe incluir también al escritor nuevo, y éste no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la

Galeano y la economía

Galeano narra cómo los ingleses llevaron la miseria a Tucumán y Santiago del Estero a principios del siglo XIX, desplazando los talleres textiles que fabricaban ponchos con los suyos traídos desde Inglaterra y Escocia. Pero, ¿cómo se volvieron expertos en la confección de una prenda tan criolla y, según Galeano sugiere, de tan compleja confección? Ese autor lo cuenta así:

“Los agentes comerciales de Manchester, Glasgow y Liverpool recorrieron Argentina y copiaron los modelos de los ponchos santiagueños y cordobeses. (...) Los ponchos argentinos valían siete pesos, los de Yorkshire tres. La industria textil más desarrollada del mundo triunfaba al galope sobre las tejedurías nativas, y otro tanto ocurría con la producción

de botas, espuelas, rejas, frenos y hasta clavos. La miseria asoló las provincias interiores argentinas...” (Las venas abiertas de América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 290).

Galeano es un escritor distinguido, dueño de una pluma ágil y expresiva, y de un certero olfato para orientar su temática, como su éxito editorial terminantemente lo prueba. Pero –nadie es perfecto– carece de sentido del ridículo. La Argentina contaba a la sazón con unos 400.000 habitantes, de los cuales 120.000 eran indígenas que no concurrían a los mercados. En las provincias del norte y centro, los residentes difícilmente llegaron a 70.000. En pos de ese lastimoso mercado, la industria textil de Lancashire habría enviado espías al norte y centro argentinos, para descubrir los secretos de la confección de ponchos. La misma

industria surtía, sin ir más lejos, a cien millones de nativos de la India, y dominaba el mercado norteamericano, cuyos cuatro millones equivalían, en poder de compra, a cuarenta millones de europeos. Semejante tesis no puede sino provocar hilaridad. Aparte de lo cual no podemos dejar de formular algunas preguntas. ¿No ve el autor ninguna ventaja para la población de aquellas desoladas tierras en el hecho de que el precio de la prenda de abrigo principal de los hombres bajase en casi un 60%? Esa economía en el mercado de prendas, ¿no se habría volcado en demandas adicionales por otras mercancías? ■

Ramón Díaz: *Historia económica del Uruguay*. Montevideo, Taurus, 2003, p. 239.

cual lanza sus juicios, tan apresurados como inexorables, sobre lo que sucede día a día en una América Latina que se debate por su libertad y que en esa brega da su sangre y depura su pensamiento. El escritor nuevo es sencillamente un trabajador y un revolucionario más, alguien que espontáneamente se bajó del falso estrado, de la altivez retórica, para integrarse con el prójimo y aprender de él, crear con él; el escritor nuevo es un revolucionario que sabe que la revolución empieza en la actitud y sigue en las palabras, pero es perfectamente consciente de que las palabras sin actitud no son éticamente válidas. (...) Nuestro

apoyo no tiene océanos de por medio. Desde un rincón de América Latina que vive un tramo decisivo de su itinerario hacia la revolución, y en un momento en que tantos intelectuales súbitamente alarmados y extrañamente pudorosos le dan la espalda a la Revolución Cubana, hacemos una tregua en nuestra diaria lucha contra la oligarquía y el subdesarrollo, contra la penetración cultural del imperio y las leyes mordazas, para transmitir a los revolucionarios cubanos nuestra fraterna solidaridad”.

La carta fue firmada, entre otros, por Hugo Achugar, Coriún Aharonián, Mario Arregui, Mario Benedetti, Sarandy

Cabrera, Manuel Claps, Hiber Conteris, Francisco Espínola, María Ester Gillio, Mario Handler, Graciela Mántaras, Juan Carlos Onetti, Cristina Peri Rossi, Alberto Restuccia, Daniel Vidart, Daniel Viglietti e Idea Vilariño.

Padilla pudo salir de Cuba en 1980. En un poema escrito en el exilio se refirió a su confesión con estas palabras: “vestido de payaso que no hizo reír a nadie”. Murió a los 68 años de un paro cardíaco en un hotel de Auburn, Alabama, cuando iba a dictar clases de literatura en la Universidad de esa ciudad. ■

BIBLIOGRAFÍA

Alfaro, Hugo: *Navegar es necesario. Quijano y el semanario Marcha*. Montevideo, Banda Oriental, 1984.

Andrew, Christopher y Mitrokhin, Vasili: *The World Was Going Our Way. The KGB and the Battle for the Third World*. Nueva York, Basic Books, 2005.

Ares Pons, Roberto. *La intelligentsia uruguaya y otros ensayos*. Montevideo, Banda Oriental, 1968.

Barros Lemez, Álvaro: *Intelectuales y política, polémicas y posiciones, años 60 y 70*. Montevideo, Monte Sexto, 1988.

Benedetti, Mario: *Crónicas del 71*. Montevideo, Arca, 1972.

Benedetti, Mario: *El país de la cola de paja*. Montevideo, Asir, 1960.

Benedetti, Mario: *Térremoto y después*. Montevideo, Arca, 1973.

Bruschera, Óscar: *Las décadas infames*. Montevideo, Linardi y Risso, 1986.

Cabrera Infante, Guillermo: *Mea Cuba*. Barcelona, Plaza & Janés, 1992.

Caetano, Gerardo y Rilla, José: *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo, Fin de Siglo, 2005.

Costa Bonino, Luis: *Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay*. Montevideo, Banda Oriental, 1988.

Costa Bonino, Luis: *La crisis del sistema político uruguayo. Partidos políticos y democracia hasta 1973*. Montevideo, FCU, 1995.

Cotelo, Ruben: *Los contemporáneos. Capítulo Oriental, 2*. Montevideo, Cedral, 1968.

De Armas, Gustavo y Garcé, Adolfo: *Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX*. Montevideo, Trilce, 1997.

De Arteaga, Juan José: *Breve historia contemporánea del Uruguay*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

De Torres Wilson, José: *La conciencia histórica uruguaya*. Montevideo, Feria Nacional de Libros y Grabados, 1964.

Edwards, Jorge: *Persona non grata*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985.

Fernández Huidobro, Eleuterio. *La tregua armada*. Montevideo, TAE, 1989.

Gatto, Hebert: *El cielo por asalto. El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)*. Montevideo, Santillana, 2004.

Graceras, Ulises: *Los intelectuales y la política en el Uruguay*. Montevideo, El País, 1970.

Padilla, Heberto: *En mi jardín pastan los héroes*. Argos Vergara, Barcelona, 1981.

Paternain, Alejandro: *El testimonio de las letras*. Montevideo, CLAEH, 1983.

Penco, Wilfredo: *Diccionario de la literatura uruguaya*. Montevideo, Arca, 1987.

Rama, Ángel: *La conciencia crítica*. Enciclopedia Uruguaya, N° 56. Montevideo, Ed. Reunidos y Arca, 1969.

Rama, Ángel: *La generación crítica*. Montevideo, Arca, 1972.

Real de Azúa, Carlos (ed.): *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo, Universidad de la República, 1964.

Rodríguez Monegal, Emir: *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966. ■



Responsabilidad por lo escrito

Por Pablo da Silveira

CAMBIAR DE OPINIÓN ES UN comportamiento típico de las personas inteligentes y respetables. No hay nada admirable en mantenerse férreamente atado a todo aquello en lo que alguna vez se creyó, sin aceptar objeciones ni las lecciones que nos da la experiencia. La negativa a revisar las convicciones es un síntoma de fanatismo y de rigidez psicológica, o tal vez sea una de las mil caras de la cobardía.

Pero esta observación no puede operar como justificativo de la actitud opuesta, es decir, la disposición a romper demasiado fácilmente con nuestras convicciones anteriores. Una persona puede alejarse todo lo que juzgue necesario de lo que en algún momento pensó, pero ese alejamiento solo será respetable si no olvida su propia trayectoria. No es aceptable hablar de las opiniones que uno defendió en el pasado como si fueran opiniones de otro. No hay ninguna necesidad de flagelarse en público, pero uno debe estar dispuesto a explicar (al menos en la medida en que sea capaz de hacerlo) por qué en ciertos momentos pensó lo que pensó y por qué luego abandonó esas convicciones.

Este es un punto que tiene su importancia en un tiempo como el que nos toca vivir, todavía conmovido por un cataclismo en las ideas políticas. Muchos muros han caído y mucha gente se ha alejado de las convicciones que sostuvo en forma militante. Otros no se han alejado demasiado de sus viejas ideas pero han perdido el entusiasmo, o al menos la fe ciega que tenían en ellas. Otros todavía se declaran desconcertados.

Detrás de muchas de estas evoluciones hay honestidad, desencantos, esfuerzos por comprender y hasta auténtico sufrimiento. Nadie tiene por qué exigir cuentas a nadie, ni nadie tiene por qué dar más explicaciones de las que crea pertinentes. Alcanza con no caer en el cinismo ni (lo que tal vez sea

peor) en la posición de pobre víctima estafada.

Pero si esto vale para los ciudadanos de a pie, las cosas son diferentes para los intelectuales. Muchos de ellos fueron responsables directos de la difusión de ideas que dañaron a mucha gente. A veces lo hicieron con sinceridad, de modo que solo se les

quienes actuaron así eran dueños de sus decisiones, pero también es cierto que se apoyaban en interpretaciones de la realidad que no habían fabricado ellos mismos.

Las tomas de posición por parte de los intelectuales son algo más serio que las tomas de posición por parte de quienes no tienen ninguna

[...] Muchos intelectuales se embanderaron con causas políticas y aceptaron responsabilidades orgánicas, justamente porque creían en esa capacidad de influencia sobre la sociedad. No es aceptable entonces que, cuando se les recuerda lo que escribían o decían en aquel entonces, se limiten a responder: "Yo solo reflejaba el sentir de una época".

puede recriminar su superficialidad y su entusiasmo fácil. Otras veces lo hicieron con plena conciencia de estar sirviendo causas injustificables (como Jean-Paul Sartre cuando volvió de la Unión Soviética en pleno estalinismo y dijo que había visto una total libertad de expresión). Otras veces lo hicieron por motivos menores, como el oportunismo o la tentación de mostrar que estaban del buen lado.

Como sea, lo propio de los intelectuales es que sus ideas tienden a influir sobre lo que piensa y hace al menos parte de la sociedad. Lo que ellos dicen contribuye a crear climas, a legitimar causas, a consolidar interpretaciones. Esta es una observación que no merece ser tomada a la ligera. Hay obras literarias que llevaron gente a la muerte. Esto vale para la literatura patrioterica anterior a la Primera Guerra Mundial y también vale para muchos libros escritos en estas latitudes durante los años sesenta y setenta. Mucha gente llegó a percibir ciertas decisiones políticas como moralmente obligatorias, al menos en parte porque ese era el mensaje que transmitían quienes aparecían como las voces lúcidas de la sociedad. No hay duda de que

pretensión de orientar a los demás. Un intelectual asume una responsabilidad cuando decide dar a conocer una adhesión política, cuando condena una iniciativa o da su apoyo a una causa. Esto no quiere decir que a un intelectual le esté prohibido tomar posición o cambiar de idea, pero sí lo obliga a hacerse cargo de las posiciones que asumió a lo largo del tiempo, de los virajes que imprimió a su trayectoria y de lo que, implícita o explícitamente, le pidió a su público cuando hablaba desde su posición privilegiada.

Muchos intelectuales se embanderaron con causas políticas y aceptaron responsabilidades orgánicas, justamente porque creían en esa capacidad de influencia sobre la sociedad. No es aceptable entonces que, cuando se les recuerda lo que escribían o decían en aquel entonces, se limiten a responder: "Yo solo reflejaba el sentir de una época". Se produce un desequilibrio si un intelectual asume su condición de punto de referencia para conseguir espacios en la prensa o en la industria editorial, pero la niega cuando se le recuerda que sus palabras pueden tener consecuencias graves sobre las decisiones de mucha gente. ■



PRÓXIMO FASCÍCULO

22/25

Las elecciones de 1971

historia reciente



Pablo da Silveira. Uruguayo, doctor en Filosofía por la Universidad de Lovaina (Bélgica). Profesor de Filosofía Política en la Universidad Católica del Uruguay. Autor de artículos publicados en revistas académicas del país y del extranjero, así como de varios libros entre los que se cuentan: *Historias de Filósofos, Política y tiempo*, y *Cómo ganar discusiones (o al menos cómo evitar perderlas)*. Una introducción a la teoría de la argumentación.